

poder y al querer del hombre, serían fecundos y bellísimos centros de población, donde, lo mismo que en las plácidas regiones de las zonas templadas la ciencia, el arte y la industria se desarrollarían en el seno de la amistad y del amor.

¿Quién puede dudarlo? Dúdenlo el estúpido burgués, que se cree vencedor en la lucha por la existencia, ó el proletario aburguesado que sueña con enriquecerse, ó el necio individualista que desprecia á todo el mundo por satisfacer su ridícula vanidad, ó el pobre empobrecido hasta la médula que cree que ha nacido para ochavo; pero no participa de esa duda quien sabe

que la humanidad, partiendo de la ignorancia primitiva se ilustra, se perfecciona y se justifica sucesivamente por ley ineludible del progreso.

Trabajador, lector amigo, despójate de tan tremenda responsabilidad y acógete al sindicalismo con ánimo decidido de impulsarle á que dé de sí cuanto legítimamente hay derecho á esperar de él, y no se diga de tí que no resististe al mal, que presentaste la otra mejilla al que te abofeteó, y que al que te quiso quitar la capa hasta de la camisa le permitiste que te despojara. Sé rebelde, sé hombre, sé dignamente sociable.

ANSELMO LORENZO

## Conversemos

A los obreros

Mientras pasan las horas rozando suavemente con sus alas el volcán de mi frente, y trasuda la máquina que á mi lado forcejea y retiembla como un esfuerzo humano incontenible, pienso, hermanos, en los hombres dotados de maravillosa integridad que han pasado por el mundo sembrando fe en la vida y esperanza en el triunfo de sus luchas ardorosas.

Pienso en los batalladores del Ideal —sinceros, valerosos y nobles,— que consagraron su existencia á la consecución del bien común y no cesaron nunca ante el halago de la fortuna ni ante el látigo de las persecuciones.

Pienso en Reclus, el hombre eminentísimo, cuyo recuerdo es para mí un baluarte desde el cual suelo ir á defender el tesoro de mis anhelos cercado muchas veces por el ataque de la vicisitud.

De ese hombre os hablaré hoy con el más ardiente de mis entusiasmos.

Y no esperéis que lo haga con el dejo erudito con que esta clase de intentos suele hacerse. No es un estudio que presume de maestro el que ahora vengo á daros como producto de mi esfuerzo. Que ahonden la entraña de la Ciencia esos mineros intelectuales que sienten la sed inextinguible de la in-

vestigación y que saquen el oro reluciente de sus efímeras verdades para admiración y enseñanza de las gentes. Que sumerjan el pensamiento en la irisada corriente de la sabiduría, aquellos que recibieron de la Naturaleza la facultad de bucear en el arcano las perlas de esas fórmulas que van sucediéndose en el imperio de las nuevas teorías. Yo me atengo á las exploraciones del sentimiento.

Extraer por mi propia cuenta de las cosas el jugo de esa filosofía que hombres perseverantes guardan luego, como esencias preciadas, en los eternos vasos de los libros, es el empeño de mi predilección. Seguir los giros del vuelo de las aves; contar en las noches estrelladas la brillante muchedumbre de las estrellas; sondear con la potencia del ensueño esa bella ilusión del firmamento; lanzar las ansias, que felizmente jamás han de colmarse, al rápido galope de la fantasía; he allí las graves ocupaciones que me atraen. De eso, y sólo de eso habré de daros, benévolo compañeros que no desdenáis escuchar á un soñador que gusta de cabalgar los más peregrinos idealismos.

Porque pienso que conviene desplegar ante la juventud como emblemas de fortaleza, el recuerdo de los